

Editorial

PAES: más allá de los mil puntos

Este año, la Prueba de Acceso a la Educación Superior (PAES) volvió a instalar un dato que no pasa inadvertido: más de 70 jóvenes alcanzaron el puntaje máximo —los codiciados mil puntos— en al menos una de sus pruebas. Tal como ha ocurrido históricamente, Matemáticas concentró la mayor cantidad de resultados perfectos, muy por sobre Lenguaje o Historia. El fenómeno no es nuevo. Ya en los tiempos de la PAA y, más tarde, de la PSU, la tendencia se repetía con llamativa regularidad. Sin embargo, la pregunta sigue abierta: ¿por qué las ciencias exactas lideran, mientras las humanidades quedan sistemáticamente rezagadas?

Responder con certeza requiere estudios académicos serios y de largo aliento. No obstante, es posible esbozar algunas hipótesis. Una de ellas apunta al lugar que ocupan las disciplinas humanistas dentro del sistema escolar. En muchos establecimientos, las ciencias sociales, el lenguaje y la formación cívica tienden a ser vistas como complementarias, cuando no secundarias, frente a las matemáticas y las ciencias duras. A ello se suma una diferencia estructural en la forma de evaluar: mientras en Matemáticas existe una respuesta correcta, objetiva y verificable, en las letras el análisis, la comprensión y la argumentación dependen del contexto y de la capacidad reflexiva del estudiante. Las pruebas estandarizadas, por definición, difícilmente logran capturar esas sutilezas.

Más allá de las particularidades de la PAES, el debate remite a un problema mayor: el estado de la educación en Chile. La brecha entre los colegios particulares pagados y aquellos con financiamiento público continúa ampliándose, y los resultados vuelven a reflejar esa desigualdad. Pero quizás aún más preocupante es el debilitamiento sostenido de las competencias

lectoras y de la educación cívica, pilares fundamentales para una democracia sana y una sociedad informada.

En este escenario surgen interrogantes legítimos sobre cómo interpretar los resultados. Algunos establecimientos destacan por la cantidad de puntajes máximos obtenidos, pero al mismo tiempo presentan promedios generales inferiores a otros colegios de la región. ¿Es eso sinónimo de mayor o menor calidad educativa? Con los datos disponibles, la respuesta honesta es que no lo sabemos. Reducir la evaluación de un colegio únicamente a los resultados de una prueba estandarizada es, a lo menos, simplificar en exceso una realidad mucho más compleja.

La educación científico-humanista no puede limitarse a preparar estudiantes para rendir bien en un examen de ingreso a la universidad. Su misión es más amplia: formar personas integras, con valores, pensamiento crítico y herramientas para enfrentar los desafíos de la vida adulta. Por ello, la calidad de un establecimiento debiera medirse desde una mirada integral, que considere no solo el rendimiento académico, sino también el bienestar emocional de los estudiantes, la infraestructura, las actividades extracurriculares, la formación ética y cívica, y la promoción de la creatividad.

En definitiva, los puntajes de la PAES no definen ni el éxito de un colegio ni el futuro de un estudiante. Para quienes no obtuvieron los resultados esperados, conviene recordarlo con claridad: la vida ofrece múltiples caminos y oportunidades. La PAES no es un punto final, sino apenas una estación más en el recorrido. Porque, al final del día, la verdadera misión de la educación es entregarnos las herramientas necesarias para construir una vida plena, con sentido y, ojalá, con felicidad.

LUIS FERNANDO GONZÁLEZ V
SUB DIRECTOR